

Sergio Huneeus

Recuerdos de la India

BENARES



UN sol radiante y cálido del mes de abril de 1949 nos vió partir desde Nueva Delhi hacia Benarés. Viajábamos en el avión especial contratado por la Comisión de las Naciones Unidas que mediaba entonces en el sangriento conflicto de Cachemira que surgiera entre India y Pakistán a raíz de haber conquistado estos dos pueblos, en 1947, su independencia de la corona británica. Alrededor de treinta personas, entre hombres y mujeres, integraban la comisión en la cual estaban representadas las más diversas nacionalidades. Argentinos, colombianos, norteamericanos, checoslovacos, noruegos, australianos, canadienses, belgas, españoles y un chileno formábamos, pues, un conglomerado heterogéneo que mal podía ocultar su creciente curiosidad por descubrir los secretos de esa tierra lejana y misteriosa cuyas exóticas leyendas pueblan los oídos de los niños de Europa y de América. Habíamos trabajado ya tres meses, celebrando continuas reuniones en Karachi y Nueva Delhi, sin tener ocasión de adentrarnos en la verdadera India secular y este primer viaje ofrecía, en realidad, todos los encantos de una muy ansiada exploración. Desde luego, quienquiera que ponga el pie en esos parajes legendarios sentirá el deseo incontenible de confirmar la realidad de cuanto la historia y las tradiciones le enseñaron.

Mentar a Benarés es señalar la ciudad santa por excelencia. Ella vive y duerme sobre la ribera norte del Ganges, el río sagrado cuyas aguas turbias y serenas poseen la rara virtud de purificar las almas y los cuerpos de los fieles del hinduismo. Abundan en el subcontinente indio los nombres de lugares que todos hemos evocado, más de una vez, al realizar viajes imaginarios recorriendo con nuestro índice los mapas geográficos. Allí están Jaipur, la ciudad rosada con sus apacibles elefantes; Calcutta, la antigua capital imperial; Bombay, el gran puerto cosmopolita y corazón del comercio indio; Simla, asiento veraniego del gobierno tantas veces descrito por Kipling; Agra, la venerada capital de los emperadores mongoles donde se admira hoy la belleza feérica del Taj-Mahal; Amritzar, cuna y epicentro de la gran raza guerrera de los sihks; el Viejo-Delhi, con su Fuerte Rojo y su Columna de Asoka; Fatepursicri, la capital frustrada por falta de agua y centenares de otros sitios y villorrios que lucen preciadas joyas arquitectónicas. Todos estos nombres evocan leyendas y cantan trozos de la historia de este gran pueblo tantas veces invadido, pero ninguno de ellos alcanza acaso el poderoso atractivo de Benarés donde llegan, día a día, miles de peregrinos que van a buscar en las aguas del Ganges, la indulgencia en vida o el paraíso en la muerte.

El nombre de Benarés cubre, además de la ciudad santa, un distrito y una división administrativa de las provincias unidas de la República de la India. Antes de la era cristiana y durante los primeros siglos de ella Benarés albergó gran cantidad de monasterios budistas; luego, en el año de 1194 fué conquistada por Mohamed Ghorí, quien implantó el dominio musulmán que se prolongó por cerca de seiscientos años. Queda hoy en pie, como exponente de la era islámica, la preciosa mezquita de Aurangzeb cuyos esbeltos minaretes siguen siendo hasta hoy un misterio de equilibrio y resistencia para los más famosos calculistas. Está erigida precisamente en el sitio en que existió el primer templo a Vishnu, la segunda persona de la trinidad hindú, y en el cual —según creencia de los brahmanes— se mostró por primera vez aquel Dios a los hombres. Pero,

no obstante lo que hayan podido pesar sobre Benarés estos diferentes credos religiosos, hace ya muchos siglos que el hinduismo se ha entronizado allí con pompa y majestad. Su población actual, que pasa del millón de habitantes sin contar la constante e incalculable corriente de peregrinos, es en un noventa por ciento hindú y el Ganges representa la puerta del paraíso para los fieles que van a su encuentro desde las más remotas zonas del país ora para bañarse en sus aguas y lavar sus pecados, ora para morir contemplando sus riberas siempre plagadas de agonizantes prontos a exhalar el último suspiro o de enfermos graves que esperan acaso el milagro salvador. No es raro, pues, que el hindú venera a Benarés como el musulmán venera la Meca y el ferviente católico la Roma Vaticana.

Vista desde el aire Benarés produce una impresión de magnificencia que, desgraciadamente, se disipa al poner pie en tierra. Mirada desde lo alto brillan al sol el oro y el rojo de las cúpulas de sus templos. El efecto es teatral y rico en colorido pero, como ocurre con todo lo feérico, la realidad se impone con cruda rudeza. En efecto, apenas se interna el viajero en las estrechas callejuelas de la milenaria ciudad se ciega toda perspectiva. Su arquitectura actual no cuenta, en realidad, con edificios anteriores al siglo XVI porque las frecuentes invasiones que la azotaron destruyeron todo vestigio arquitectónico de épocas más remotas. Mil quinientos templos casi superpuestos los unos a los otros en un hacinamiento que alcanza las gamas del más diverso color impresionan y desconciertan. Todo aquel conglomerado de casas, desordenado y pintoresco, que se extiende a lo largo de calles embrujadas carece tal vez de grandiosidad pero ofrece, en cambio, un cuadro único que podríamos comparar con un gigantesco mercado, sucio y mal oliente, en el cual se codean, apilados cual moscas, seres humanos cuyo color de piel fluctúa entre el blanco cetrino y el negro azabache. Caminan ellos con agilidad y sus piernas delgadas y morenas saltan obstáculos y evitan el roce con el permanente desfile de vacas blancas y escuálidas que pasean sin rumbo su mutismo entre las orillas del Ganges y el corazón de la ciudad.

Los templos, tan profusos en Benarés como son los bares nocturnos en la Place Pigalle de París o en la calle 52 de Nueva York, están pintados con figuras y flores de viva y dispar tonalidad y su exterior evoca los bazares del oriente pero, en cambio, su interior es sencillo. Sólo se ven en ellos los dioses de la religión hindú, esculpidos en vetustas y roída piedra o en bruñida madera, adornados generalmente con guirnaldas de flores frescas. Reina allí un ambiente pobre que no empaña la hospitalidad cordial y afectuosa. Los sacerdotes nos reciben con simpatía, nos obsequian collares de flores vivas y jugosas naranjas que alivian nuestra sed.

Visitamos así una decena de templos semejantes entre sí por sus adornos, pinturas y rústicas esculturas. Dos muy famosos se destacan en este curioso conjunto: el Templo Durga y el Templo de Oro, construídos en el siglo XVII. En uno de ellos, no recordamos cual, existe un bajo relieve de madera que representa, en doce cuadros, una noche de bodas. Los detalles son precisos y realizados por el artista con una cruda ingenuidad que refleja el verdadero espíritu que le inspiró: rendir tributo a la procreación de la especie humana. Difieren estas esculturas, que son comunes en la India, con el incentivo de lujuria que se revela siempre latente, por ejemplo, en los frescos de Pompeya. Allí las jóvenes turistas norteamericanas se sonrojan o se escapan mientras que en Benarés cumplen con unción un acto que parecen estimar como un deber educativo.

Benarés, según cuenta la tradición, fué fundada por Kas Raja alrededor de 1,200 años antes de la era cristiana. Debió haber sido una ciudad budista y lo fué en su tiempo como consta en los relatos del célebre peregrino chino Hsüan Tsang, quien la visitó en el siglo VII de nuestra era. Más aún, el propio Gautama Budha, fundador de la religión que lleva su nombre, sostuvo en el "Deer Park" de Sarnath, no lejos de Benarés, una memorable reunión con cinco de sus discípulos. Allí se levanta hoy un magnífico templo budista, moderno y de inmaculada limpieza, regido por sacerdotes de la "Maha Bohdi Society". Los monjes que lucen cabezas rapadas y amplios mantos de color amarillo chillón ponen una nota de vida y de higie-

ne en el ambiente insalubre que es propio de Benarés. Todo reluce en el vasto interior del templo en cuyos altares y pisos de claras baldosas se destaca el emblema de la rueda de la fortuna que nos resulta familiar porque su dibujo corresponde exactamente al de una cruz swástica nazi presentada al revés. Las paredes están decoradas con frescos de estilo moderno y de reposante armonía de color que reproducen las diversas etapas de la vida de Gautama Budha y los monjes nos explican, obsequiosamente, el sentido humano y religioso que inspiró la vida de este santo. Nuestra visita al monasterio de Sarnath fué un grato paréntesis mientras permanecemos en Benarés porque ella nos apartó, al menos por algunas horas, de la vorágine humana que caracteriza a ese centro milenario.

Párrafo aparte merece también el Templo de los Monos y no se crea que este nombre obedece a mera tradición del pasado. Por el contrario, entre sus altos y ornamentados muros y en sus patios espaciosos adornados con fuentes de agua viven, por extraño que parezca, miles de monos de todos tamaños que gozan del privilegio de ser sagrados. Lo visitamos y, por supuesto, no nos dejan penetrar en su recinto reservado —presumimos— para algunos cuidadores de atrofiado olfato. Describir este templo cuyos interiores se divisan claramente a través de las rejas que lo encierran sería tarea larga y acaso fatigosa para el lector. Se nos ocurre, como la mejor comparación, decir que se asemeja a un gran hotel abandonado y pestífero en el cual circulan los habitantes en un girar continuo y disfrutando de todas las libertades que brinda la naturaleza animal. No observamos riñas y los monos grandes no maltratan a los pequeños. Reina entre ellos armonía y, si juzgamos por las manifestaciones de júbilo a que se entregan, el buen humor tiene también su asiento permanente en este extraño albergue.

Pero los templos y sus fieles que abundan en Benarés más que en cualesquiera otras ciudades de la India, no representan el más genuino y auténtico atractivo de este sitio, único en el mundo, y cuya verdadera vida se concentra en la ribera norte del río Ganges. Sus aguas purificadoras son las que han dado a Benarés ese blasón de

santuario cuyo origen se remonta a varios milenios. Y es así cómo sus calles tortuosas y estrechas, donde pulula la gente, se ven desiertas si se les compara con la masa ondulante que se mueve a orillas del Ganges y que más parece un colmenar en plena acción que una comunidad de seres humanos. Pero nos dicen allí que para gozar el mejor momento de la vida del río es preciso ver su despertar en la alborada. Seguimos el consejo y luego de un bien ganado reposo en el mejor hotel inglés cuyas instalaciones higiénicas lucen aún la famosa *chaise percée* que popularizaron algunos reyes de Francia en sus audiencias a los nobles, nos preparamos a recorrer el Ganges al rayar el alba.

El movimiento que vibra a orillas del río cuya ribera sur permanece siempre desierta, se extiende a lo largo de seis kilómetros cubiertos por escalinatas de piedra roída por los años. Son éstas verdaderos muelles de atraque que sirven a las embarcaciones y a los fieles que buscan sumergirse. Estas curiosas construcciones compuestas de interminables peldaños y múltiples plataformas distribuídas en inarmónico pero a la vez hermoso desnivel son, en realidad, los tradicionales *Ghats* donde los cadáveres aguardan su turno para ser quemados en las piras. Centenares de cuerpos inertes yacen alineados y cubiertos de blancos sudarios en espera que el gran maestro de las hogueras, una especie de tártaro desnudo cuyo cráneo rapado ostenta una pequeña trenza, los reciba para quemarlos. Hay piras de todos tamaños, para el rico y para el pobre, y hay también *Ghats* suntuosos y humildes cuyas tarifas funerarias varían. Los ayudantes del gran tártaro bañan primeramente, con esmero, los cuerpos rígidos cuyos pies asoman de sus sábanas blancas. Los dejan flotar por algunos instantes y luego los colocan en las piras para iniciar la cremación. El fuego, bien atizado, despide pronto un humo denso y un penetrante olor a carne quemada que provoca el desmayo de una de nuestras acompañantes y la huída de varios turistas incapaces de soportar el espectáculo. Pero, no obstante lo insólito y acaso repugnante que pueda parecer este ritual a un hombre de occidente, hay en él algo de solemne y edificante: la fe sincera que ilumina el rostro

de los familiares que han venido hasta allí para despedir a seres queridos que tuvieron la fortuna de morir frente al río sagrado.

Pero los vivos —y entre éstos están los pecadores que gozan de buena salud y los agonizantes— juegan también un importante papel en la vida de los *Ghats* de Benarés. Los primeros forman una corriente constante que hace abluciones y gárgaras en las aguas turbias del río. Totalmente desnudos y sumergidos hasta la cintura se codean, sin que se alteren sus nervios, con los cadáveres flotantes. Honda impresión produce la devoción y fervor con que ejecutan los movimientos rituales y la postura de recogimiento que adoptan al regresar para sentarse, inmóviles, en las escalinatas de los muelles. Y sin embargo, por extraño que sea este cuadro que reúne movilidad y armonía, no puede compararse, en intensidad emotiva, con el que ofrecen aquellos que llegaron hasta las orillas del Ganges para vivir allí sus postreros momentos a fin de ganar su entrada al paraíso de la eternidad.

Vemos, por ejemplo, a un anciano esquelético cuyos huesos están ya a punto de romper la piel morena de su rostro. Ha perdido la voz y sólo emite ronquidos de angustia. Sus ojos carecen de expresión humana; la fiebre lo devora y respira pesadamente mientras a su lado le ayuda a bien morir un hombre de unos treinta años, con largos cabellos y negra barba hirsuta que le dan un aspecto de “Cristo de Feria”. Este amigo, que acaso puede ser su hijo o pariente, le lava la boca y las orejas y le fricciona el cuerpo con grasas y aceites. El aceite se aplica para purificar y las grasas para que las carnes quemen mejor cuando termine la agonía que él parece querer prolongar porque no es privilegio de muchos disfrutar del goce infinito de morir contemplando el umbral del paraíso: las aguas tranquilas del Ganges. . . Millares de hombres y mujeres llegan sin cesar, como lo ha hecho este hombre, hasta el río sagrado sin otra ambición que entregar su alma a Dios en ese sitio preciso que representa para el hindú la posibilidad de alcanzar la gloria eterna.

Prosiguiendo nuestro camino vemos más allá a una mujer, aún joven, sentada en una de las gradas que rodean las piras. ¿Pero qué

tiene en su falda y porqué llora? Llora —según nos dicen— para atraer la atención del público mientras reposa en sus brazos el cuerpecito inerte de su hijito que acaba de expirar. A su lado yace su marido, también muerto, y ella clama por una limosna que cubrirá los gastos de la cremación de esos seres queridos en las piras que funcionan casi maquinalmente entre el andar y venir del gentío indiferente al dolor y a la miseria humana. Sólo el vagar incesante de las vacas sagradas que con paso distraído suelen tropezar con las hogueras prolijamente aderezadas, preocupa a los oficiantes de este insólito ritual hindú. Para ellos su labor es edificante y con justificado orgullo la desempeñan. Son altivos y silenciosos y ni siquiera se dignan volver sus ojos hacia nosotros.

Hemos vivido así seis o siete horas de la mañana que nos parecen un increíble sueño; hemos visto el hondo significado del nacer y del morir; sentimos satisfecha nuestra curiosidad que tiene algo de bárbaro en ese ambiente de santa devoción hinduista. Al mediodía regresamos al centro de la ciudad y pisamos con pie firme la tierra de los vivos mezclándonos en el bullicio de su intenso comercio. La actividad, en febril manifestación, prosigue allí a pocos metros de la muerte que ronda en las riberas del Ganges. Ricos comerciantes de semblantes morenos y de robusta corpulencia cruzan las calles cómodamente sentados en pequeñas *tongas* tiradas por ciclistas que reemplazan en Benarés a los rápidos taxímetros de occidente y a los tranquilos elefantes de Jaipur. También estos hombres ávidos de dinero y de comodidades han viajado a la ciudad santa para ganar indulgencias sumergiendo sus cuerpos en las aguas del Ganges o donando suntuosas sumas, en joyas o en oro, a los templos de sus dioses favoritos. Más que en cualquier otro punto de la India la riqueza y la miseria, el hambre y la opulencia, se dan la mano en Benarés. Seguirá allí cumpliéndose, por muchos siglos aún, el ritual sagrado al cual no escapan hoy en día ni los hombres más cultos, evolucionados y progresistas de ese pueblo poderoso que actúa en el mundo internacional como el fiel de la balanza entre oriente y occidente. Sabios, filósofos y políticos de renombre mundial tales como

Radakrishna, Rajendra Prazad, Krishna Menón, Jawaharlal Nehru, Rajagopalachari y muchos otros familiarizados con la cultura europea peregrinan anualmente a Benarés. Mantienen así viva, dando ellos el ejemplo, la fe del pueblo indio en la religión hindú que predomina en el país y robustecen las tradiciones de una fuerza espiritual de tal magnitud que supo conquistar, por la no violencia, su propia independencia.

No podríamos cerrar estas líneas sin anotar también que Benarés es un centro de auténtica y respetada cultura. Su Universidad Hindú figura entre las más prestigiosas y antiguas del país ya que sus primeras facultades datan de 1791. Además, fué ella la primera universidad privada y sectaria creada por ley. Benarés es considerado como el más famoso núcleo de estudios sánscritos y allí dictan cátedra connotados brahmanes de gran sabiduría. Durante nuestra corta visita recorrimos la Universidad de Benarés que alberga estudiantes venidos de todas las regiones de la India. Sus instalaciones ocupan una verdadera ciudad universitaria y sus equipos modernos de laboratorio contrastan con el atavío de quienes los manejan. Diez o quince mil alumnos circulan entre los diferentes pabellones poblando los vastos predios de la universidad. Sus vestiduras blancas parecen aún acrecentar su número repitiéndose así la constante visión de país sobrepoblado que el visitante experimenta dondequiera que ponga pie en la India.

Podríamos decir, sin faltar a la verdad, que Benarés mantiene un cetro propio, de muy alta perarquía, entre las más respetadas tradiciones del pueblo indio. Existen muchas ciudades más modernas, cuyo número de habitantes y comercio la superan pero ninguna de ellas representa para el hindú todo lo que encarna el nombre de Benarés. Cuando la India rinde homenaje a uno de sus grandes espíritus conductores, como ocurrió con el Mahatma Gandhi, asesinado lejos de Benarés, se esperó el tiempo necesario para esparcir en el Ganges, en solemne ceremonia, las cenizas del Maestro. Allí, frente a Benarés, y conducido en persona por el Premier Nehru, se realizó muchos meses después de su muerte, el funeral del Mahatma que

produjo en Benarés un fervor místico que podríamos acaso comparar con la fe que se respira en los Congresos Eucarísticos que organiza la Iglesia Católica en las grandes capitales del mundo.

Benarés conservará, pues, por muchas generaciones aún, su autoridad espiritual y, lógicamente, su influencia política sobre una abrumadora mayoría del pueblo indio. Evitará el progreso material como el medio más seguro de preservar sus tradiciones que cuidarán sus celosos guardianes, los hombres santos y los sabios que viven y enseñan allí. Preservarán siempre ellos, estamos ciertos, ese oasis ajeno a todas las convulsiones que cada día más precipitan al mundo moderno hacia una incontenible vorágine.